

## **SEMBLANZA DE UN MÉDICO RURAL: EL ZUHEREÑO DR. UCLÉS POYATO**

---

A. FERNÁNDEZ DUEÑAS

ACADÉMICO NUMERARIO

---

Parca y humilde va a ser mi intervención en este I Encuentro de Investigaciones sobre Zuheros, aunque intentaré que dicha parquedad no esté exenta de hondura y de antemano se que la humildad de mi disertación se vera complementada con su fundamento, que no es otro que ensalzar la práctica rural de la Medicina en la figura del Dr. Uclés Poyato, médico de este pueblo.

No pretendo exponer a Vds. su biografía que, seguramente, conocen mucho mejor que yo, sino sólo, apoyándome en unos dispersos datos personales, reflexionar unos momentos acerca de esa figura del médico rural en la que, a mi juicio, se compendian y quintaesencian todas las cualidades que han de adornar al que ha hecho de su vida, una absoluta dedicación al hombre enfermo.

Y he de comenzar inspirándome, precisamente, en vuestro pueblo, conjunción maravillosa de paisaje e historia, para iniciar mi pretendido canto.

Dice de vuestra villa el inolvidable Juan Bernier: "... Campos de soledad y pastores, la naturaleza ha puesto en ella acentos dramáticos de retorcimientos, detalles de deleitosos sitios idílicos, majestuosos pináculos de vértigo, parajes de subterráneas tinieblas y masivos encuentros luminosos con un sol desbordante (...). Lo claro frente a los obscuro..."

Así ha sido y así es la vida de cualquier médico rural: retorcimiento, deleite, vértigo, luz y tinieblas...; lo claro frente a lo obscuro: la claridad gozosa de los pequeños y múltiples triunfos de cada día, frente a la obscuridad del aislamiento, de la penuria, de la posible y humana equivocación, del disimulado desengaño.

Cuando D. Antonio Uclés vuelve a Zuheros, tras graduarse en la Facultad sevillana, ya ha escogido su destino: ha decidido ser médico de su pueblo, marcándose así sus propios horizontes que, lejos de ser limitados, contemplan la vastedad de la Medicina desde su condición de postgraduado, con la amplitud con que puede divisar el dilatado paisaje de la Subbética desde los encrespados riscos del Cerro de los Murciélagos... Supo, entonces, cual había de ser su destino que aún hoy acepta como una especie de predestinación: "... si volviera a nacer, asegura, sería, otra vez, médico rural..."

Es el suyo un caso infrecuente de fidelidad, de apasionado enraizamiento. Su perpetua estancia entre los suyos parece incardinarse en el propio nombre de su pueblo, pues si Zuheros, según apunta Antonio Arjona, deriva de *Sahra*, que significa roca, como tal, firme e inmóvil, el Dr. Uclés ha permanecido siempre al cuidado de la salud de sus paisanos.

Y en sus cuarenta años de apasionado ejercicio, fue y sigue siendo diario celebrante de esa “medicina romántica” que el Dr Cortejoso define como eficaz, desinteresada, generosa y altruista.

Medicina eficaz, nacida de una firme preparación al lado del que fuera eminente clínico, Dr. Andreu Urrea, uno de sus más distinguidos maestros sevillanos; medicina eficaz, cimentada en el continuo estudio, en la perseverante experiencia; medicina eficaz, buscada, no solo por los zuhereños, sino por muchos habitantes de los pueblos cercanos, de toda la comarca y aún de más lejos. Porque la fama no se otorga, se gana; y se gana tras el esfuerzo; con la dedicación de cada día; con la atención esmerada, impregnada, además, de un fuerte sentimiento ético.

Medicina desinteresada la de D. Antonio, que lleva al verdadero médico a la atención del hombre, más por pura profesionalidad que por el bien ganado estipendio.

Medicina generosa y altruista la que ejerce el médico rural en una dedicación sin horario, casi sin descanso, de “médico a todas horas” como califica el querido D. Juan Barbudo a aquél que hace de su profesión la razón de vivir... “... La Medicina es mi vida...”, me ha confesado D. Antonio; y, efectivamente, la Medicina ha sido su profesión y su ocio; sus noches y sus días; su juventud y su madurez; su ocupación y su descanso; todo...

Medicina abnegada la suya, que entraña, muchas veces, dolorosas renunciaciones; que significa darse al enfermo en detrimento de la propia tranquilidad; hacer suyas las preocupaciones de los demás; compartir con el hombre que sufre, su dolor y morir un poco, con el paciente que muere.

Todas estas cualidades han adornado la trayectoria vital y la práctica médica del Dr. Uclés, verdadero paradigma de la medicina rural; una práctica médica que ha oscilado, como indica el bello título de un libro de Rof Carballo, “... entre el silencio y la palabra...”; entre el silencio de un quehacer eficaz y ortodoxo y la palabra, representada por la relación cálida y amistosa con el paciente.

D. Antonio ha entendido y practicado el espíritu de acendrado humanismo que destila la frase lainiana en su consideración del acto médico como “... la afable donación de ayuda técnica al semejante enfermo...”; y lo ha entendido mejor que muchos, precisamente porque en el entorno en que vive y ha vivido, en el medio rural, esa necesaria relación médico-paciente ha de darse con más intensidad, por la propia esencia del íntimo y diario convivir, que lleva a un perfecto conocimiento del hombre en su magnífica dualidad de cuerpo y alma, en definitiva, de persona.

“Sé persona y trata a los demás como personas”, nos marca Hegel como principio y fin de una postura humana y humanística, necesaria y consustancial a todo profesional de la medicina que siga los preceptos técnicos y éticos que transmutan nuestro quehacer en Arte y nuestro cometido, a temporal y eterno, en cuestión casi trascendente.

Estela de médico humanista, de médico vocado al hombre, la trazada por el Dr. Uclés Poyato en su profesional andadura, pero además, al tener siempre presente el sentir de las palabras del poeta “... como un mar, alrededor de la isla de la vida, la muerte canta, noche y día, su canción sin fin”; siempre suyo fue su profesión ha de seguir siendo la profesión de la humildad y la esperanza; la profesión que, aún sabiendo de sus conquistas de cada día en la lucha contra la enfermedad, sólo puede aspirar a vencer en las batallas de la vida y se sabe perdedora en el postrer combate de la muerte.

Fidelidad, eficacia, desinterés, generosidad, abnegación, sacrificio, desbordante humanidad, modestia..., componen el rosario de cualidades que D. Antonio Uclés demostró durante una larga y fecunda labor profesional, cualidades que le hicieron conquistar el amor de su pueblo, que le distinguió con la predilección sólo otorgada a sus hijos más preclaros.

Y en auténtica simbiosis con su tierra, conjunto de pueblo, castillo, monte, caverna y paisaje, él se erigió en guardador de la vida de sus paisanos, con su actitud vigilante

como la del viejo *castillo*, perdido en el *monte* del estudio y del esfuerzo, compartiendo la obscuridad de la *caverna* de penalidades y amarguras, con la grandeza de su misión, rutilante como el *paisaje*.

Quisiera resumir todo lo dicho en unas frases que siempre leí en la última clase a mis alumnos de sexto curso de Medicina, intentando transmitirles un ideal a seguir, un ejemplo al que tender. Aquí y ahora, estos pensamientos han de tener otro significado. Representan, estoy seguro, jirones de la vida de D. Antonio; recuerdos vividos de sabor agridulce; han de representar para él, luces y sombras, ortos y ocasos, de una trayectoria profesional delimitada por las que han sido coordenadas de su existencia, Zuheros y la Medicina, durante la cual aprendió y supo *ser médico*. Porque *ser médico* es, entre otras cosas:

Trabajar en una constelación formada por el sudor, la impaciencia, el sufrimiento y la esperanza. Y luego, como premio pagado en vida, un cachorro de hombre alentado entre tus brazos.

Saber de ojos hundidos que miran sin ver...; de cuerpos cansados, con su pretérita energía perdida en un largo recorrido...; de últimas reservas quemadas en un postrero y desesperado intento de retornar al camino... Al fin, el paso de la frontera.

Ver llegar a unos con fuertes resortes, capaces de lanzarlos hasta donde ellos quieran; ver marchar a otros, ahitos de pena o de resentimiento o de conformidad...

Encontrar juventud destrozada en un instante...; sentir, en un momento, como se trunca un gran castillo de ilusión... y manchado de sangre, verse impotente...

Tropezar con la incertidumbre dolorosa de una posible equivocación...

Buscar luz siempre...

Hacerse ladrón de esperanzas...

Sonreír con el alma entristecida...

Dar ánimos cuando ya no se tienen...

Pasar de las sábanas sin mácula y los embozos bordados a los habitáculos de la miseria, al hacinamiento humano... y guardarse la náusea...

Hacer tuyas, en un mismo día, una agonía atroz, una tragedia inesperada, una alegría inmensa...; y luego, cuando ya nadie vela, sentir tu humanidad terriblemente cansada...

Llevar encima la obligación de ganar siempre; la derrotada ha de ser, sólo, la vida...

Advertir estigmas de pecado...

Tropezar con maldad...

Procurar, también, alivio al espíritu...

Callar siempre...

Saborear, entre la mortificación de la carne y el canto gozoso de la vida, el poso de las reacciones humanas...

Dar, dar mucho... todo... Y recibir, a veces, nada más que dinero...

Buscar el justo equilibrio entre lo que tu cerebro atesora y lo que tu corazón es capaz de dar...

Y, sobre todo, hallar sentido en todo esto...; hacer de ello soporte de tu devenir...; renunciar a muchas cosas, entre ellas, un poco de tí mismo...

Ahora, tras la lectura de estas frases, tantas veces por mí declamadas, llego a comprender perfectamente la escueta definición que D. Antonio me dió del *ser médico*: "...Lo más sublime...", me respondió firme y estrictamente...; y, aunque la sublimidad es casi un irreal atributo humano, la simple tendencia a su consecución ya define al hombre que ansía la perfección en su quehacer; al hombre, como el Dr. Uclés Poyato, al que cabe aplicar la afirmación del gran Séneca: "... Aquel que cifró en lo honesto todo bien, halla la bienaventuranza en sí mismo".